

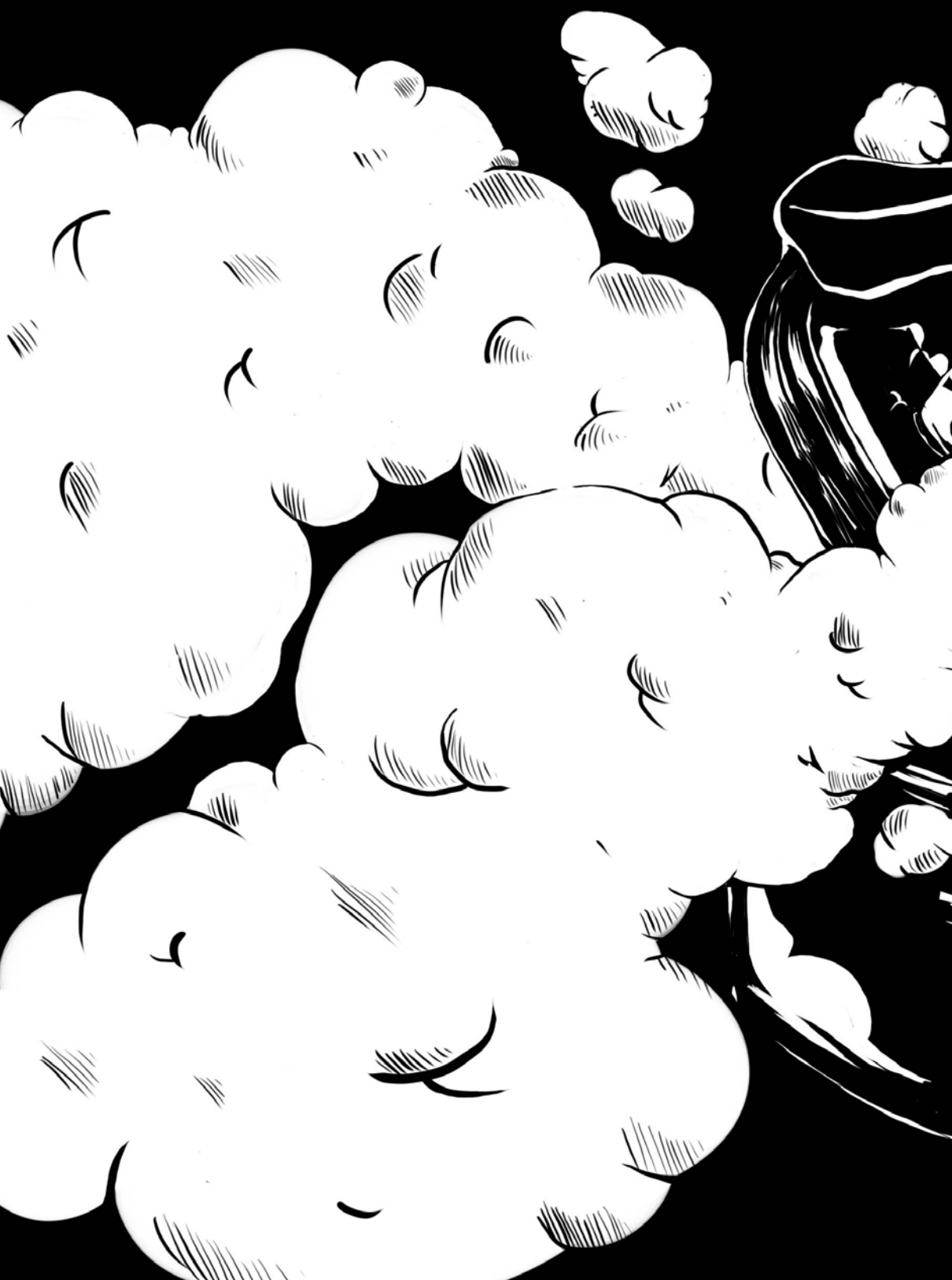


AZARA

Una
novela
de

**ANA
IRIARTE**

EL GRAN
PEZ





Iriarte, Ana Gabriela

Azara / Ana Gabriela Iriarte. - 1a ed. - Mar del Plata : El Gran Pez Editor, 2023; 212 p. ; 23 x 15 cm. - (La novela del verano)

1. Literatura. 2. Literatura Argentina. 3. Feminismo. I. Título.
CDD A863



©Ana Iriarte, 2023
©El Gran Pez, 2023

ISBN: **978-987-48848-1-7**

Hecho el depósito que
indica la Ley 11.723

Dis. & Dib.
M. P.

Esta novela resultó ganadora del **Concurso La Novela del Verano 2023**. El jurado estuvo conformado por **Carlos Ríos, Andrés Gallina y Marina Yuszczuk**.

El Concurso se realizó con el apoyo del Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires



EL GRAN PEZ
Librería & Editorial

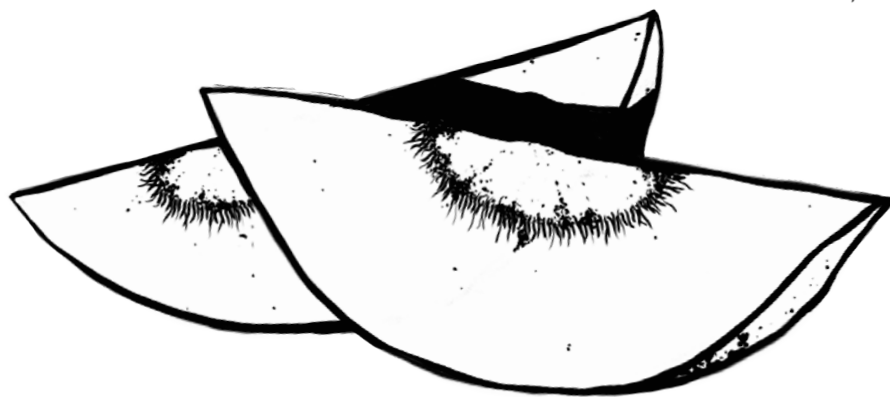
www.elgranpez.com.ar
www.instagram.com/elgranpezlibros
www.twitter.com/elgranpezlibros
elgranpez@gmail.com

Santiago del Estero 2052
Mar del Plata

AZARA

Una
novela
de

**ANA
IRIARTE**



La primera aparición fue en la primavera de 2001, en el comedor de la casa de la abuela. Una madrugada me despertó un desorden de puertas que se abrían pero no se cerraban, y fui a ver qué pasaba. Tenía diez años, mamá ya nos había dejado. Los ruidos extraños a la noche me hacían creer que quizás, en una de esas.

Pero no. Cuando llegué, la Virgen había encontrado la yerba, había calentado la pava y tomaba mate en silencio. La reconocí por el halo de luz blanca que le rodeaba la cabeza, como si un foco de bajo consumo irradiara desde su cuero cabelludo. Era caoba y tenía la consistencia cremosa de la pintura al óleo. Más que una aparición divina, era la aparición de un cuadro de la Virgen que colgaba en el living de los abuelos: el retrato del gesto inmóvil, unidimensional de la bondad. Por el color, y por el manto azul bordado que le cubría piadosamente los hombros y la espalda, entendí que era la Virgen de los polacos, la de Czestochowa. Supongo que debería haberme asustado, pero rápidamente me di cuenta de que algo no encajaba en la aparición, y eso me distrajo, como si algunos de sus rasgos fueran prestados, o los hubiera tomado en un apuro de otra mujer. Dejó el mate sobre la mesa; era mi turno y me senté con ella.

—¿Sabés quién soy? —la ceja única, esa nariz recta, pero sobre todo la voz de fumadora incorregible, herrumbrosa, como si las cuerdas vocales fueran hebras de una virulana.

—La tía Yuyo —le dije con seguridad.

—Soy la aparición de la Santísima Virgen María —me corrigió, cebándose un mate—. No me ves como soy, me ves como sos vos.

No me convenció. Era la tía Yuyo, no podía ser otra: la voz la traicionaba. Quizás la tía enloqueció después de muerta y se creía la Virgen. Lo pensé pero no se lo dije. Mi abuela me había enseñado a no contradecir nunca a un loco. Se puede poner peligroso.

—Tengo un mensaje importante para comunicar —chupó la bombilla lentamente para darle peso a lo que seguía—. Y quiero que tú, hija mía, seas la mensajera.

Sabía que el resto de la conversación sería incómoda, pero era mejor aclarar las cosas cuanto antes.

—No señora, le agradezco —la abuela hubiera estado orgullosa de la formalidad de mi tono.

—¿Cómo que no? —quiso saber ella, pero sin verdadera intriga, mirándome fijo. Sus ojos de pintura eran planos, no seguían para atrás, no parpadeaban. Más fijos aún. Me sentí avergonzada.

—Disculpe señora, pero yo leí de los pastorcitos de Fátima. No quiero eso. Pero de verdad le agradezco que haya pensado en mí.

Me alcanzó otro mate, su expresión no había variado: el mismo gesto apacible de cuadro.

La abuela Nené tenía estampitas de los pastorcitos de Fátima y me había contado la historia muchas veces. En 1917, en un pueblo rural de España, la Virgen se le apareció a los niños Francisco y Jacinta, y a su prima Lucía —*tu tocaya*, decía todas las veces la abuela— mientras pastoreaban cabras. Les pidió que regresaran seis veces en los siguientes meses, en el mismo día y horario, para darles unos mensajes. Los niños contaron esto a sus padres, que a su vez lo contaron a todo el pueblo, porque los pueblos de España en 1917 eran tan chismosos como cualquier pueblo. Familiares y vecinos decidieron acompañarlos a esos encuentros, cantando, rezando, llevando velas y rosarios. La abuela me describía emocionada la procesión de cientos de fieles del lugar y de localidades cercanas marchando detrás de los pastorcitos. Desde la primera aparición no hacían más que rezar, ayunar, y pedir perdón por sus pecados, aunque la mayor tenía apenas diez años. *No, no jugaban a la pelota, no iban a la escuela, tampoco sacaban a pasear las cabras*, me contestaba la abuela. No sabían leer y no había tele, es cierto, sólo cabras y pecados para entretenerse.

Los niños sufrieron burlas y amenazas, y hasta los secuestraron y amenazaron quemarlos con aceite para obligarlos a confesar si era cierto lo de las visiones. Pero ellos se mantuvieron firmes en Dios. *Firmes en Dios*, repetía la abuela.

Ya en la segunda aparición, la Virgen anunció que los más chiquitos iban a morir pronto: un gran golpe de efecto. La que tenía diez años, como yo en ese momento, era Lucía, y había sido la única sobreviviente. Las chances para los mensajeros eran una de tres.

Las visiones habían sido terribles y la abuela recordaba todas. Que la guerra se iba a terminar, ésa era la más importante, y que iba a venir otra peor. Que si Rusia no se convertía pronto al cristianismo iba a esparcir sus errores por todo el mundo, y que el Papa iba a ser asesinado. *Se salvó por poco*, aclaraba la abuela. En una de las visiones, la Virgen le mostró a los niños una imagen del infierno, un gran mar de fuego donde arden sumergidas las almas de los pecadores. *Allí habrá llanto y rechinar de dientes*, leía la abuela de la Biblia, y el rechinar de dientes aún hoy me da escalofríos. Un año después de la última aparición, los pastorcitos más chicos murieron por la peste española.

—Te voy a mostrar una cosa —me dijo la Virgen esa vez. Unos moscardones se le pegaban al halo, zumbando, atraídos por la luz.

—Prestá mucha atención.

En el siguiente movimiento la Virgen destapó la pava delante mío y el vapor salió en un bloque espeso, nutrido, desparramándose a los lados de la pava y la mesa, creciendo hasta volverse humo, alcanzando el techo del comedor, que ya no era el comedor.

Entonces yo también vi el mar de fuego, las olas que se alzaban y rompían contra muros blancos, paredes de un lugar cerrado que no reconocí, columnas densas de humo y chispas que se levantaban hasta encontrarse en el techo ennegrecido por las cenizas. No escuché llantos ni rechinar de dientes, apenas el crujido del fuego mordiendo, destripando su presa, y una tos lejana, quizás mía. Tampoco vi las almas sumergidas. Un ángel de pelo amarillo miraba la escena desde afuera, a través de una ventana, apenas una figura borrosa.

La visión fue rápida, el fuego no me tocó. Cuando terminó, la Virgen se había ido.

Jueves

¡Oh Jesús mío, perdónanos,
líbranos del fuego del infierno,
lleva al cielo a todas las almas
y socorre especialmente a las más necesitadas!

ORACIÓN REVELADA POR LA VIRGEN DE FÁTIMA A LOS PASTORCITOS

¡Madre mía, aquí tienes a tu hijo,
sé tú mi Madre!
¡Oh dulce Corazón de María,
sed la salvación mía!

ORACIÓN A LA VIRGEN DE FÁTIMA (fragmento)

Ese punto. Lo busco desde chica.

Hay un punto al borde del asfalto de la ruta 12, no más grande que una gota de sangre, en el que la tierra colorada le empieza al mundo. Una bestia subterránea, antigua, arquea el lomo y forma ondulaciones en la ruta, y me gustaría que ella las viera. Quizás se llame Marina por estas olas de tierra fresca y no por ese mar que no le interesa.

Desde ese punto, el paisaje que nos rodea ya no se parece en nada al anterior, como si todo el verde y todo el rojo se atropellaran para nacer al mismo tiempo, y todo lo otro, la tierra de antes, tuviera que morir en el parto. Me despierto a la madrugada porque no quiero perder una nueva oportunidad de buscarlo.

En el colectivo, mientras tanto, todo es estrecho, rígido, plástico, y se escucha el traqueteo de los sillones, el zumbido de las luces en el pasillo, algún ronquido entrecortado. Un hombre se levanta rápido y se golpea la cabeza con el televisor apagado; me tapo la boca para no reír.

La mayoría de los pasajeros todavía duerme y Marina duerme desde que salimos de Retiro. Yo intento calmar las voces adentro, que son tantas. Del bolsillo de la campera saco una piedra, creo que un granate, oscuro y liviano como una cereza. Lo paseo entre mis dedos y lo siento vibrar como el asiento, como si estuviera lleno de hormigas corriendo por dentro, vibrantes como las voces que corren por mi cabeza. Aprieto el granate en la palma de mi mano para calmarme, para que se calme.

Afuera empiezan los relámpagos de verde y colorado que acompañan las subidas y bajadas, cada vez más pronunciadas. Escucho una conversación entre susurros unos asientos más allá, una mención repetida a los Holovaty, algún chisme que todavía no conozco; ya empiezan a sonar los apellidos del pueblo. El colectivo aminora la marcha, obligado, y mi respiración se agita anticipando el final del viaje.

Toco la frente de Marina con la punta de la frazada, a ver si se despierta. Me da la espalda pero abre los ojos.

—Estamos entrando a Azara —le digo.

Me mira de reojo, se sienta despacio y se arregla el pelo. ¿Qué estará pensando?

—Voy al baño —dice y dejo espacio para que pase.

¿Qué estará pensando de mí?

Le miré un rato la cara suave y redonda mientras dormía, la nariz chiquita —cómo me hubiera gustado que fuese la mía—, el pelo desordenado, la respiración tranquila. Quisiera mirarla un rato más así, pero por dentro, entender cuáles son las voces que corren por ella, por qué está haciendo esto, si lo pensó bien.

La primera vez que vi a Marina, hace apenas un mes, entró al café abriéndose paso con sus caderas anchas, firmes, su metro sesenta, los ojos turquesa y ese pelo largo amarillo patito que debía ser su orgullo; nada interesante para mí. Marina, se presentó, *qué bueno que pudiste venir*, dijo y ahí me convenció: una voz grave, opacando con su aspereza lo empalagoso del resto; un contraste misterioso y tan sensual que casi me dio vergüenza.

Me levanté para ir al baño, apurada. Improvisé un rodete dejando algunos mechones sueltos, revisé con decepción la blusa que me había puesto, me pasé algo de gloss en los labios. La belleza de Marina me había tomado por sorpresa, completamente desarmada. Volví a la mesa deseando, rogando, que no se me notaran los nervios de primera cita. Porque no era una primera cita.

Charlamos un poco del viaje, pero no me dijo más de lo que yo ya sabía, y no me animé a preguntar lo que de verdad me interesaba. Marina supo sostener bien los silencios, cerrar el tema. Saqué a relucir entonces mis anécdotas más graciosas del call center y de mis últimas salidas con amigas. Ella conocía algunas de las fiestas electrónicas y los barcitos de Guardia Vieja que le nombraba: nos movíamos en círculos similares, nos reíamos de las mismas cosas. En un momento me señaló el pin que tenía en la mochila con la foto de Laura Palmer. Hablamos de series viejas, películas de los noventa y documentales de *true crime*. Me dijo que desde el principio ella había querido que ganara Daenerys, La que no Arde, Madre de Dragones. Se le marcaban los hoyuelos cuando hablaba de algo que le entusiasmaba tanto. Le dije que yo

había querido que ganara Rob Stark. Nos reímos. Me habló de su trabajo como *teacher* y de sus alumnos mientras pedíamos otro café, y después otro más. Con el último *latte* el mozo nos trajo la cuenta. No habíamos notado que ya no quedaba nadie en las otras mesas.

Volví en el subte repasando cada detalle de la conversación, todavía sonrojada.

Nunca antes había querido acostarme con una polaca; desde esa tarde no puedo pensar en otra cosa.

Bajamos en la terminal y nos recibe un golpe de aire cálido que pronto se vuelve caricia leve, húmeda, que nos envuelve la piel como una sábana recién lavada, secándose al sol. Algo se acomoda en mi pecho y me suaviza la respiración, estira las pausas. Algo que aguanté mucho tiempo cede por dentro.

Me desperezo y siento un cosquilleo bajar por los brazos y la espalda hasta la planta de los pies: cientos de hormigas que corren desde mí hacia la tierra. Le sonrío a Marina y me sonrío de vuelta, le creo.

La terminal tiene un dispenser nuevo de agua caliente; lo demás, sin cambios en dos años. ¿Puede ser que la vendedora del Río Uruguay haya mantenido la misma blusa y la misma sonrisa todo este tiempo? Tiene que ser, hasta las migas en la comisura de los labios son las mismas. ¿Se habrá casado con el chofer del turno noche? No, no hay anillo.

En el remís doy la dirección y el conductor confirma.

—¿A lo del doctor Krawczuk?

Me mira por el espejo retrovisor.

—¡Ah, pero sí! La nietita del doctor, claro... Si tu papá tiene que ser Krawczuk el, el... oculista, ¿no? Qué igualita a doña Nené saliste, para no darse cuenta.

No es cierto, me callo.

—Sí, yo me acuerdo de vos, de cuando eras guainita, en el consultorio de tu abuelo... Qué grande que te pusiste. Pero qué desgracia, qué desgracia.

Marina me mira con curiosidad así que me inclino hacia ella.

—Muertos —le aclaro.

—¿Tu papá y tu abuelo?

—Papá hace dos años, el abuelo tres; no, cuatro. El aniversario es la semana que viene. Cuatro.

—Doña Nené hace la misa, ¿no? —dice el taxista poniendo el auto en marcha—. Dígale que vamos con mi señora. Yo soy Martino, de la colonia, de seguro se acuerda de mí. Pero qué desgracia.

La casa de los abuelos tampoco ha cambiado. Quizás la parra avanzó aún más sobre la galería, echando ramas nuevas que bajan enredadas por los muros, pero es difícil saber. La abuela agregó algunas macetas colgantes, tortas de tierra mojada y plantas, que al abuelo no le gustaban. Al fondo, siguiendo con la vista el camino de piedras, se adivinan el mango y los primeros escalones de la huerta en terrazas. El timbre está en el muro bajito que rodea el patio, al lado de la puerta enrejada. Alguna vez yo fui más baja que esa puerta.

La blusa se me pega al pecho y a Marina se le abre un surco de sudor entre las tetas. Su cuerpo está conociendo el calor húmedo. Quiero quitarme la vincha y despegarme el pelo del cráneo. Quiero mojar me la nuca y las muñecas. Quiero agua fresca con limón.

La abuela Nené viene a recibirnos en jogging y zapatillas, es la hora de la caminata con Ana María. De lejos se parece cada vez más a sus hermanos; alta, fornida, cuello grueso, cabello rubio ralo, el porte de general retirado del ejército prusiano. Antes de decir cualquier cosa me abraza y me hundo en su pecho cálido, mullido como un par de almohadones, oloroso a colonia de Heno de Pravia, la de frasco grande, en el que tantas veces me refugié de chica. Luego el saludo afectuoso a Marina, y la corrección: *acá son dos besos, nena*.

—¿Cómo estuvo el viaje? Jesumaría, qué largo, vayan pasando, vayan pasando —dice y entramos por la puerta de la galería, la abuela no usa la principal—. Dejen las cosas en la pieza, pueden bañarse, pero mejor tomen algo primero.

Me aprieta el brazo, una pausa y la sentencia.

—Vos estás más flaca, nena.

—Estoy igual, abuela, no empieces.

—Hace tanto no venís que ya no sé.

—Si hablamos todas las semanas.

Me mira fingiendo reproche, mientras me pasa una mano para aplastarme el pelo mojado. Los ojos divertidos desmienten a los labios apretados.

—Les dejo algo fresco en la heladera, ¿a que no sabés qué te hice para la cena? Nosotras almorzamos en el centro después de caminar, pasen, pasen.

Al moverse suena con una lluvia propia: los golpecitos de las pulseras de plata como gotas duras de agua contra un ventanal.

Sé exactamente qué hizo para la cena.

—Ana María, mirá quién llegó.

En la cocina comedor descansa su amiga repantingada en una reposera, con las calzas marcándole los huesos secos de las piernas. Se levanta para darnos los dos besos en el aire que da siempre.

—Qué flaca estás nena, quién pudiera —sonríe detrás de los anteojos oscuros—, ¿y esta chica?, qué parecida a la Rosita Pote-rala de joven, ¿no te parece?

Noto una sola diferencia: el busto del Jesús Misericordioso en yeso tomó más protagonismo en este ambiente. Ahora es lo primero que se ve al entrar, en el modular junto al calendario de la parroquia San Pedro y San Pablo: “2016, Jubileo de la Misericordia”.

Pasamos con los bolsos por el living, que antes fue la sala de espera del consultorio del abuelo Demetrio. Acá está la entrada principal de la casa, pero desde que el abuelo murió permanece cerrada. La abuela Nené siguió moviéndose por los ambientes que habían sido suyos siempre: la cocina comedor, el patio, las piezas, menos la del consultorio; y el resto es aún territorio del abuelo. Me detengo frente a la virgencita del tiempo, violeta, *anuncia un día inestable*, le digo a Marina.

Dejamos las cosas en la pieza que alguna vez fue mía, y antes de papá y la tía Meche, con las dos camas idénticas de una plaza,

el placard en una pared, la biblioteca en otra, las ventanas abiertas al patio; la pieza que Leo y yo nos apropiamos en la adolescencia. Todavía se ven las marcas en la pared en la que pegamos los posters de Green Day y Dave Grohl.

Marina mira atenta el piso de baldosas rojas como la tierra, continuidad entre el adentro y el afuera; una feliz confusión, quizás. No es poesía.

—Facilita la limpieza —le explico—. ¿Querés ver el patio?

La abuela Nené y Ana María ya se fueron, pero dejaron las jarras de agua con limón en la heladera, *para el tereré*. Sirvo dos vasos y salimos.

Como en cada patio de Azara, un mango frondoso se impone entre los arbustos más bajos, cediendo hacia un lado por el peso de sus ramas cargadas de hojas flacas. Durante la siesta ofrece una sombra verde, generosa, única fruta de este mango estéril. Un poco más allá, un aljibe florecido de rosas se resigna a las mordidas de yuyos y gusanos que acabarán por devorarlo. Las azaleas y las hortensias desbordan los canteros de piedra, mientras las orquídeas, orgullo de mi abuela, apenas asoman unos pétalos, displicentes.

La mirada de Marina, me doy cuenta, no se detiene en las flores.

—En los últimos años, el abuelo quiso armar una huerta en terrazas —le explico.

Como hacían los incas, recuerdo que dijo, o quizás era el tumor el que hablaba.

El terreno, antes suave y desnivelado, cae ahora recto y parejo en una escalera breve y disciplinada, tapizada de verdes y rojo oscuro, que no logró alcanzar la forma en terrazas de su ambición, pero quizás dio con la forma de su paciencia. La abuela aprovecha las conveniencias de una huerta tan a medida de nuestros suelos y cultiva durante todo el año: tomates, zanahorias, morrones, albahaca, romero y otras especias brotan de los escalones, separadas por guías de madera. Quiero descalzarme y dormir la siesta bajo el mango.

Nos duchamos para refrescarnos y devoramos unas porciones de sopa paraguaya que la abuela Nené dejó para el almuerzo; Marina quiere salir rápido.

Yo siento que todavía no termino de llegar.

—¿Dónde queda el Juzgado?

—Para allá. Subiendo, para el centro.

Marina me mira, duda, pero no pregunta. Podría, no tiene por qué saber cómo nos ubicamos acá.

Se bañó, está fresca, se puso shorts para estar cómoda, y ojotas. ¿Ojotas? Me gustaría decirle que mejor zapatillas, oscuras mejor todavía, que a estas calles va a tener que subirlas, no caminarlas, pero no digo nada. Se va a enterar rápido.

También me gustaría decirle que las calles de Azara son olas, pero no se lo digo, olas que no terminan de romper en la otra orilla y ya se levantan de nuevo, sin ira pero sin calma. La verdad es que de chica yo no conocía otra cosa que no fuera este subir y bajar, pero después supe que la tierra, la que Marina conoce mejor, puede ir llana y derecha, puede ir como si no fuera, estarse quieta, mansa. Acá en cambio la tierra es brava, y se te pega. *Vas a tener tierra colorada hasta las rodillas cuando lleguemos al Juzgado*, pienso pero no lo digo, y está bien. Es un bautismo de tierra, no de agua. Ya vendrá algún chaparrón para completar el rito. Siempre se puede confiar en eso.

Marina mira con atención las casas bajas, las galerías techadas, los aljibes florecidos como el de mi patio, las veredas coloradas rotas de verdes que asoman entre las baldosas.

—Eso de allá es la plaza principal —le señalo un par de cuadras a su derecha.

Nuestra plaza es un recorte cuadriculado y húmedo de selva que siempre amenaza desbordarse. Un gomero viejo domina en el

centro y en los límites de piedra se alzan lapachos, cañas fístulas y palos borrachos que se extienden hacia las veredas, distraídos, como quien despereza sus ramas. Pero no es distracción: es la selva al acecho, que quiere ganar de vuelta lo suyo. La amenaza cercana de un desborde que nos respira caliente en la nuca.

La municipalidad está en una esquina de la plaza, un edificio chico, claro, desgano, con un par de palmeras en el frente que sirven para apartarlo del resto: *es esa, la que tiene las dos palmeras en el frente*; así aclaramos, si hace falta. La Iglesia del rito latino, en cambio, se alza en la esquina opuesta; una nave soberbia, maciza, roja como la arcilla de la Creación, erguida con las certezas de la fe y del dinero, imponiéndose al cielo. Uno de los pocos edificios altos por reglamentación municipal. *Acá*, nos dicen aún hoy los colonos cada vez que repican las campanas, *acá está el poder de verdad. Gracias a Cristo y a la yerba, estamos acá.*

—En esa iglesia me bautizaron y tomé la primera comunión.

De chica fui una religiosa ferviente, llena de supersticiones. Recuerdo que rezaba dos padrenuestros y tres avemarías antes de dormir a la noche, acompañaba a la abuela a misa todos los domingos, llevaba estampitas en los bolsillos y las pegaba en los cuadernos como stickers. Si me olvidaba algún padrenuestro o faltaba a misa estaba segura de que la abuela Nené se convertiría en una estatua de sal, o de que al abuelo Demetrio se lo tragaría una ballena.

—¿Sabés que yo era muy creyente de chica? Me la pasaba rezando y hablaba mucho con la Virgen. Le contaba cosas mientras me bañaba, qué había hecho en el día, por qué había tenido que mentir en algo, quién se había portado mal conmigo.

Marina no puede contener la risa y me sonrojo. Podría contarle que el abuelo Demetrio solía interrumpir esa conexión espiritual golpeando la puerta del baño al grito de ¡jochu srate! hasta que la abuela lo calmaba. Pero le cuento otra cosa.

—En serio te digo. Un par de veces la vi a la Virgen en la cocina de la casa de mi abuela, de madrugada. Era muy parecida a una tía mía. Después crecí y no la vi más.

—Bueno, si la ves de nuevo en estos días pedile que me ayude a encontrar rápido a mi mamá.

Siento un resto de tristeza en su voz y no me animo a levantar la mirada. Quiero cambiar de tema.

—Tenés que ver esta plaza en Pascua, se pintan unos huevos gigantes, Pesankes. Más altos que yo son, ahí frente a la Iglesia. Es una costumbre del rito ucraniano. A los chicos les encanta.

Visto así, a un par de cuadras, entiendo que el conjunto le resulte un poco vago, sin encanto. Todo está teñido por ese rojo suave y como gastado de los lugares que se oxidan.

En la siguiente cuadra bajamos y me doy cuenta de que algo le llama la atención, una casa. El patio del frente está salpicado de relojes de pared desarmados, abiertos, máquinas de coser pálidas, bicicletas recostadas unas contra otras, sin ruedas o manubrio, ennegrecidas; artefactos que brotan del suelo mismo como yuyos. Marina se detiene a mirar con más cuidado y desde atrás de un reloj cucú la sorprende un hombre mayor, llovido de pecas rubias, con sombrero de paja y la camisa desprendida en los últimos botones; el mismo aire desarmado y frágil de los objetos que lo rodean.

—Decile al Artemio que lo espero este domingo, gurisa, que no se le pase, y que no se le olvide el último mapa que le mandé a pedir —dice el hombre sin separar la mirada del pasto, moviendo la cabeza de lado a lado, buscando alguna cosa.

Don Mundo no sabe que hace dos años no veo al tío Artemio, pero poco importa. Retoma una conversación larga entre nosotros, que empezó el día en que se enteró que soy la sobrina de Artemio Krawczuk, y que sólo va a terminar cuando uno de los dos muera. El tiempo y las circunstancias en el medio son irrelevantes.

—Anda con poca memoria ese viejo.

—Pero este sábado es el bautismo, no se acuerda, el de Olivia, la hija del Hernán; ahí lo puede ver.

—Cierito, claro, claro —dice sin darle importancia, y estira un brazo flaco hacia la parra que crece en la galería—. Ahí lo veo nomás. ¿Uvas quieren?

—Sí, gracias. ¿Hay novedades, don Mundo?

—Acá tienen —desprende un racimo de uvas tan hinchadas que casi me revientan en las manos—. Algo hay, algo hay, pero vayan que llega la patrona, y no le gustan estas cosas— no aclara si la charla o las uvas.

Saludo, asiente y nos vamos.

—¿A qué se dedica el señor? —quiere saber Marina.

—Don Mundo es el excavador más famoso de acá.

Dejamos atrás la plaza y la iglesia. Me limpio restos pegajosos de la cara, las uvas explotan apenas las araña un diente.

—Busca los túneles de los jesuitas, acá en el pueblo, los que tienen tesoros, que dicen. El tío Artemio es historiador, el único, creo, así que le da una mano de vez en cuando.

Cruzamos una casa con las rejas abiertas y dos perros empiezan a seguirnos, jadeando, unos pasos atrás. Esperan que les tire algo de lo que llevo en las manos.

—Juegan al truco, buscan las entradas a los túneles, cosas de viejos.

—Te preguntaba por los relojes en el patio, y las máquinas de coser.

—Ah, claro, no —río y salpico un poco—, eso es su trabajo, arregla cosas. Es muy bueno, pero tarda bastante —hago una pausa, pienso—, pero no cobra caro.

Llegamos a la esquina de la casa de la tía Yuyo y recién ahí me doy cuenta; la falta de costumbre me traiciona. En la ciudad es fácil esquivar encuentros, prevenir recuerdos; en Azara se necesita práctica, alguna regla, un tabú o una superstición al menos. Podríamos haber ido por una paralela, pero tendría que explicar demasiadas cosas. Y ahora Marina quiere saber otras.

—En el taxi me dijiste que tu papá y tu abuelo murieron hace poco —mira al suelo, duda—, ¿qué les pasó?

—Cáncer cerebral, los dos —le digo—. El abuelo estuvo enfermo casi un año. Al principio se confundía seguido, les hablaba en ucraniano a los pacientes, dibujaba cosas en las recetas...

—¿Qué cosas?

—A ver, me acuerdo de una flor de lis, un ahorcado una vez, un compás, unos cuantos penes chicos... Pero siempre tuvo costumbres raras —*como cualquier Krawczuk*, pienso pero no digo—, entonces tardamos en darnos cuenta de que algo estaba mal en serio.

Ahí está, abajo, casi al final de la cuadra. Hace cuánto no paso por esta calle, ya no me acuerdo. Las casas rectas sobre la vereda, los ladrillos descoloridos, las puertas y ventanas altas, enmohecidas, los árboles enredados en el frente, polvorientos. La casa de la tía Yuyo. Le esquivo la mirada y me concentro en la conversación con Marina.

—Papá escondió los síntomas y no contó que se estaba tratando en Posadas. La tía Meche dice que no quiso preocupar a la abuela, que fue por eso. La tía Meche es la hermana de mi papá. Y

papá lo contó recién cuando tuvieron que hacerle una cirugía. Yo estaba en Buenos Aires, cursando. Esperamos en el departamento de la tía Meche; a eso de las nueve llamó mi hermano, papá falleció en el quirófano.

Pienso que tengo tan ensayada esta historia, la repetí tantas veces a compañeras del laburo, amigas de la facu, potenciales chongos y chongas, y probé tantas versiones hasta quedarme con esta, la más cerrada, que ya no puedo creer que eso haya sido lo que pasó realmente. Me parece tan ajeno como si alguien me dijera que papá se ahorcó en la rama de un mango. *Ah, pero ese no fue papá.*

Ahí está, cada vez más cerca. No quiero mirar, pero es como si la casa me siguiera con la vista. El musgo asoma por las celosías de las ventanas. Me gustaría decirle algo a Marina, algo acerca de mi tía, de esa casa, de la muerte, pero es imposible. Esta historia no la tengo ensayada y no quiero arriesgarme, menos todavía con ella. De todas formas, ¿qué podría contarle?

De chica la tía Yuyo trataba de curarme las pesadillas. Rompía unos huevos sobre un plato apoyado en mi cabeza, y así se enteraba qué me andaba asustando por las noches. Recibía muchas consultas, pedidos, encargos. De amor, sobre todo. Tiraba el tarot, leía los movimientos de la Luna y de Venus, preparaba atados de hierbas para sahumar con plantas que tenía en el patio o en la cocina. Romero, salvia, ruda, *la tierra es generosa*, decía. Pero hace un tiempo nadie arranca las malezas que crecen en el frente de la casa, y que deben haber crecido por dentro, entre los ladrillos, reventando las paredes. Tajos verdes furiosos desangran la casa de la tía Yuyo, los tajos que le abrieron a ella hace tantos años.

—La tía Meche ya había sacado los pasajes en avión y nos vinimos al día siguiente, directo al velatorio —digo.

—Qué triste —Marina me habla sin levantar la vista.

—Un par de días después del funeral me llamaron para una entrevista en el call center, y volví a Buenos Aires.

Caminamos en silencio. Empiezo a recordar las cosas que escuché de chica: la tía Yuyo se resistió aunque fueron tres contra una. Catorce puñaladas hicieron falta para tirarla, y unas cuantas más de pura bronca. Se sabe que uno fue el Angelito, el vecino de al lado.

La investigación fue corta, a la policía no le interesaba el caso. La tía era para ellos la bruja del pueblo, una loca como la Urraca, esa pobre mujer que vivía juntando plumas en la vereda, pero menos inofensiva: *una estafadora que se aprovechaba de la ignorancia ajena*. Angelito, que la había amenazado de muerte varias veces, a los gritos, fue encubierto por su propia mujer: juró que había dormido al lado suyo toda la noche. Ni siquiera se mudaron; el pueblo no les quiso cobrar el haberse deshecho de una pecadora tan notable. Tampoco se supo quiénes fueron los otros. Mamá y las hermanas del abuelo se apuraron a sacar de la casa lo más valioso, para que no lo secuestrara la policía. Un par de meses después del funeral, mamá se fue también.

Algunos vecinos decían que la tía Yuyo le llenaba la cabeza a la mujer del Angelito en contra de él. Otros, que algunas familias de bien ya se habían cansado de sus gualichos. Y unos pocos decían que en realidad Angelito y ella eran amantes, pero eso no lo puede creer nadie que los haya conocido. Al final de la galería se ve el mango del patio; ahí lo encontraron al Angelito colgado un año más tarde. La viuda se fue y nadie volvió a mudarse a ninguna de las dos casas.

Marina avanza despacio, reconociendo el terreno, quizás arrepentida ya de las ojotas. Sigue los movimientos de sus pies con la vista en el suelo, intentando comprender algo tan sencillo como el rojo que pisa. Caminamos por esta cuadra y se me eriza la piel. Tantos años, pero se siente como si no hubiera pasado un solo día.

La tía Yuyo no era de verdad mi tía. Era la hermana más chica de mi abuelo, otra Krawczuk, y la única amiga que mamá tuvo en Azara. Cuando sahumábamos con cáscaras de naranja la casa entera olía a bizcochuelo, a verano, a patio. Nos amábamos las tres. Intento no pensar en eso ahora. Traigo de vuelta mi atención a Marina.

—Ahora no puedo venir seguido. Desde que empecé a trabajar en el call sólo tengo dos semanas de vacaciones por año. Las paso con amigas.

Mientras digo esto pienso que la casa de la tía perdió completamente el equilibrio después de su muerte; esa mujer flaca, desgarbada, de una sola ceja, era parte de los mismos cimientos.

—Es un viaje largo hasta acá para quedarse pocos días.

Yo guardé algunas cosas que mamá rescató de la casa de la tía, después del funeral; lo poco que olvidó en el fondo de un cajón cuando se fue. Lo metí en una bolsa que escondía atrás del placard, pegada con cinta a la pared, y cuando Leo se quedaba a dormir tratábamos de averiguar para qué servía cada objeto que había adentro. Terminamos armándole un altarcito secreto a la tía, en el cajón de los zapatos, con cristales, cartas de tarot y fotos viejas. En una está con mamá: Marcia y Yuyo, 1996. Era la única foto de mamá que había quedado en la casa, cuidadosamente escondida de la abuela. Las dos tienen sombreros y vestidos cortos con lunares, se abrazan y ríen como locas. Leo y yo queríamos eso para nosotras.

Las últimas uvas me estallan en la mano. Quiero chuparme los dedos, pero que Marina no se de cuenta. Ahora va callada, no sé qué piensa, sigo hablando.

—Las fiestas las paso en lo de la tía Meche, que vive en Buenos Aires hace años. El departamento en Almagro es de ella, por eso no pago alquiler.

Me acordé. Unos meses después de la muerte de la tía Yuyo pasamos por acá con Leo. Angelito estaba desmalezando el patio y nos miraba fijo. *Nos va a ojear, mejor vamos por la otra cuadra*, dijo Leo, y nunca más volví a pasar por acá hasta hoy.

NOVELA

Lucía viaja de regreso a su pueblo, Azara. Esta vez lo hace para acompañar a Marina, en la búsqueda de su madre biológica. Con el correr de las horas, Lucía hará su propio viaje, revisitará su infancia, a sus amigos y sus muertos, volverá a recorrer sus heridas. Entre la exploración sensible de un Azara espectral, el thriller y el relato erótico-amoroso, Lucía y Marina desandarán la memoria y los hilos del poder.

Azara fue la novela ganadora del Premio La Novela del Verano/2023. El jurado estuvo compuesto por Carlos Ríos, Marina Yuszczuk y Andrés Gallina: La autora nos acerca a la vida en una pequeña colonia de inmigrantes ucranianos en su particularidad, con su belleza, y mediante el sutil desarrollo de sus personajes y costumbres.

Azara es una novela atrapante, de esas que se leen de un tirón, sin levantarse de la reposera, pero también es un registro de las deformaciones del habla, del rito de la comida, y del vínculo difuso de la amistad en una comunidad cerrada donde el paso del tiempo se mide por bautismos, inauguraciones de gimnasios y funerales.

EL GRAN
PIZ

ISBN 978-987-48848-1-7



9 789874 884817